

LUTERO, ¿CATOLICO?

A partir del 31 de octubre último —día del aniversario de Lutero— son muchas las revistas, tanto protestantes como católicas, que han ido publicando trabajos sobre el gran revolucionario religioso del siglo XVI que se opuso al conformismo cristiano de su época.

Y todos coinciden en la importancia de esta gran figura de la historia moderna, ante «los abusos, las confusiones y los desórdenes que existían en el siglo XVI en el campo de la teología, igual que en el de la fe y en el de la práctica cristiana» (profesor J. Hoffmann, de la Facultad de Teología Católica de Estrasburgo).

A Lutero hay que rendirle justicia, y sobre todo nosotros, los españoles, que tanto hemos dicho y hecho contra él, con evidente injusticia y parcialidad. Es hora de que comprendamos bien que hemos recorrido un largo camino en el mundo católico, desde el año 1964, en que el padre Yves Congar, O. P., decía que «Lutero tiene todavía hoy entre los católicos muy mal nombre», hasta nuestros días.

Este mal nombre que los católicos hemos puesto a Lutero ha deformado la figura de este vivo pensador del cristianismo, que unía a sus calurosas ideas una actividad desbordante. Con nuestra postura negativa, adoptada hasta hace pocos años, «no se rindió justicia —continúa diciendo el padre Congar— ni a su intención fundamental ni incluso a su verdadero pensamiento religioso».

Por eso el primer paso que los católicos deben de emprender —como hizo hace años el profesor católico de la Universidad de Maguncia, Joseph Lortz— es deshacer el «gigantesco malentendido» que existe en torno a esta figura religiosa cristiana.

Hace casi cuatro años se publicó en España por primera vez una selección de las obras de Martín Lutero, y yo escribí el prólogo de este libro editado por un grupo de evangélicos españoles. Y lo hice consciente de la necesidad que tenemos los católicos, y en especial los españoles, de aportar algo que sea contrario a esta tradicional postura negativa adoptada con el reformador evangélico alemán.

Cualquier católico que lea esto empezará a preguntarse si no es entonces verdad que las cuatro principales enseñanzas de Lutero resultan imposibles de conciliar con el pensamiento de la Iglesia católica. Y, además, si no es verdad que fue o un inmoral, tal como le describió el injusto dominico padre Denifle, o al menos un angustiado neurótico lleno de remordimientos, como pensaron el jesuita Grisar o el canónigo francés Christiani.

A todo esto habría que contestar que hay una lista casi interminable de teólogos católicos —especialistas en historia o en dogmática— que han hecho la reivindicación ideológica y práctica de muchas actitudes de Lutero. Fueron los historiadores Jedin y Lortz, en Alemania, o el profesor Vignaux, en Francia. O los pensadores germanos J. Hessen y Karl Adam, así como los franceses padre Yves Congar, O. P., L. Bouyer y Biot, O. P., terminando por los anglosajones Todd y Tavaré.

Hoy además a esta larga lista tendríamos que añadir el trabajo del párroco alemán F. Richter, que estudia al mismo tiempo la figura de Ignacio de Loyola y de Martín Lutero en un sentido de acercamiento positivo; el teólogo H. Küng y el padre S. Pförtner.

La primera cosa que es necesario que acepten los católicos, porque es una afirmación de simple sentido común que a todos debía hacernos meditar, es que «no existe ningún juicio oficial sobre Lutero al que un católico tenga que estar necesariamente obligado», como recuerda con un poco de ironía Karl Rahner, S. J.

Debíamos pensar un poco más imparcialmente acerca de tantas y tantas afirmaciones que han corrido de boca en boca, o de pluma en pluma, dando por supuesto lo que estaba sin demostrar.

Dando un pequeño recorrido sobre las cuatro afirmaciones básicas luteranas, lo veremos más claro. Y las comprenderemos a la luz de las investigaciones de algunos teólogos católicos, para llegar a entender así el sentido que hoy puede darse —desde el punto de vista de la Iglesia católica— a las enseñanzas básicas del reformador Lutero: 1) la Biblia sola, 2) la sola gracia de Dios, 3) Cristo, único mediador, y 4) la sola fe.

La sola Biblia es una afirmación que se encuentra en el pensamiento católico-romano tradicional, y que fue descubierta

por el teólogo Kuhn en el siglo pasado, y ampliada y desarrollada por el pensador, también católico, Geiselman en este siglo. Yo, que soy un empedernido lector de los siempre actuales y profundos escritos del cardenal Newman, había leído hace muchos años su opinión —bien razonada como católico que era— de que los artículos básicos de la fe, los que son necesarios para llamarse uno creyente, están en la Biblia, y no hay que acudir a otras fuentes extrañas a la misma. La tradición no es algo que se añade a nuestro libro sagrado, sino que es la misma fe viva existente en la comunidad cristiana, que ahonda y profundiza en la única palabra inspirada de modo infalible. Palabra que se contiene suficientemente en la Biblia. Ya sé que otros teólogos católicos no piensan así; pero después del Concilio Vaticano II nadie puede combatir como heterodoxa esta doctrina que parecerá nueva a muchos católicos.

La sola gracia de Dios ha sido claramente reivindicada en estos años por el antiguo pastor protestante francés, y hoy teólogo católico casi de corte conservador, padre Louis Bouyer. Aportando una documentación de los primeros concilios de la Iglesia, demuestra este religioso del oratorio fundado por el cardenal Bérulle, que la salvación viene de la sola gracia; aunque hoy sabemos que esta gracia, en principio, se concede a todos sin acepción de personas, y que fructifica, aunque sea misteriosamente, en lo más hondo de las conciencias humanas, que son auténticas y de buena fe.

Que Cristo sea el único mediador es una doctrina puesta en claro por teólogos católicos tan tradicionales como el padre Lennerz, S. J., o los más progresivos padre Schillebeeckx, O. P., o el fino teólogo francés Abbe René Laurentin. Todos ellos han luchado contra los excesos de los mariólogos católicos que han pretendido colocar a María en una función que casi eclipsa a la función única e irrepetible del Salvador Jesús.

Por último, la enseñanza de la sola fe, como único camino de justificación y salvación, es también una doctrina que se encuentra incluso de acuerdo con el Concilio de Trento, que fue, por otro lado, tan antiprottestante. Todo ello ha sido demostrado por H. Küng, analizando que el concepto de fe en el protestantismo —y sobre todo en el teólogo protestante Karl Barth— es un concepto vivo y complejo de fe, que nada tiene que ver con la fe puramente intelectual que se nos enseñó en nuestros catecismos, y que resulta —esta última— una fe casi muerta a la vida cristiana, porque únicamente se trata con ella de aceptar abstractamente unas doctrinas conceptuales. Pero para el Nuevo Testamento, como para Lutero, la fe era una entrega plena del ser humano, que incluía los aspectos intelectuales y vitales en la actitud del hombre cristiano. «Los textos de Lutero nunca excluyen, sino que, al contrario, incluyen en la fe también la caridad, la esperanza y la práctica de las obras morales» (J. Hoffmann).

Por si todo esto fuera poco, en la reivindicación que los católicos hemos hecho de algunas de las enseñanzas básicas de Lutero, tenemos que añadir que él mismo afirmó, en medio de los ataques más virulentos que hizo contra Roma: «puedo equivocarme, pero nunca seré un hereje». «Porque —como dice el teólogo católico K. Adam— desde lo más íntimo y secreto del alma seguía unido, a pesar de todo, a la Iglesia tal como era entonces». Y ahora nos damos cuenta de que las divergencias que pudiera haber en estos puntos básicos propugnados por Lutero y en muchas de las afirmaciones con las que criticaba la teología, o las costumbres eclesiales de aquel tiempo, había un gran fondo de razón. De tal modo que no se le puede llamar hereje, en el sentido que le da la Biblia a esta palabra, o en el sentido que la Iglesia le dio hasta llegar al Concilio de Trento, y en particular al Concilio Vaticano I. El profesor de Dogma, de la Facultad de Teología Católica de la Universidad de Munster, así lo ha dicho: «El concepto de hereje, en el sentido que le da la Biblia o la Iglesia antigua, no se puede aplicar a las Iglesias de la reforma» (W. Kasper, Dogma y Evangelio).

¿Quiere esto decir que todo lo que dijo Lutero es aceptable para un católico, o para un protestante? No; no todo es aceptable, hay que contestar con toda sinceridad. Pero de ahí a hacerlo un monstruo inmoral o un rebelde sin sentido hay un gran paso. «Sin decir que Lutero ha sido pura y simplemente un católico, pienso que lo ha sido mucho más de lo que hemos creído en la Iglesia católica» (J. Hoffmann, profesor de la Facultad de Teología Católica de Estrasburgo).

MIRET MAGDALENA